

Apocalipsis 1:9-18

Sermón Apocalipsis 1:9-18 Pascua I 2016 Hechos 5:12,17-32; Juan 20:19-31 73,428,72

“Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Estando yo en el Espíritu en el día del Señor oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea». Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los siete candelabros a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos, como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce pulido, refulgente como en un horno, y su voz como el estruendo de muchas aguas. En su diestra tenía siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos y su rostro era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: «No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.» (Apocalipsis 1.9–18, RVR95)

Bueno, ha pasado la Pascua. Hemos cantado las Aleluyas y alabado la victoria de Nuestro Señor. Pero miramos alrededor y el mundo parece tan lleno de sufrimiento como siempre. La iglesia enfrenta en muchas partes la indiferencia, y en otras la hostilidad abierta y la persecución. Al ver todas estas cosas, fácilmente llega a la mente la pregunta: ¿Y qué vale todo eso si el mundo sigue así? ¿Qué significa la resurrección de Cristo, si vemos tan poco del poder resucitado de Cristo en nuestra vida diaria?

Las mismas preguntas las enfrentaba la iglesia antigua. También entonces los hijos del victorioso rey sufrían. En nuestro texto el apóstol Juan está en exilio en Patmos, una isla en el Mediterráneo. Se le manda enviar una carta a iglesias que estaban también pasando por severas dificultades y persecuciones. No era lo que se esperaba para los hijos del Rey conquistador, a quien ni la muerte había podido dominar. ¿Valía servirlo y sufrir las consecuencias en este mundo? ¿Realmente estaban en una mejor situación porque se habían convertido a la fe en Jesucristo? Para animar a Juan y a sus contemporáneos, y también a nosotros hoy que confrontamos las mismas preguntas, Jesús se apareció a Juan en una gloriosa visión, revelando la gloria detrás de las apariencias que muchas veces eran tan desalentadoras. En este texto vemos que **El Cristo**

glorificado anima a su pueblo atribulado. I. Jesús se revela en toda su gloria. II. Jesús quita el temor a su pueblo aterrado.

Fue un domingo tal vez en el año 95 después de Cristo. Juan extraña los cultos con la amada congregación en Éfeso. No podía asistir, porque el gobierno romano lo había confinado en una pequeña isla casi deshabitada frente a la costa de Asia Menor.

Pero no era el único que sufría. Seguramente parte de su dolor fue porque no podía estar presente para dar apoyo y ánimo a los hermanos que estaban sufriendo también debido a su fe en Jesucristo y por rehusar reconocer al emperador romano como señor. Ellos también estaban en constante peligro de ser detenidos, desterrados, inclusive perder la vida debido a su profesión de fe en el Señor Jesucristo.

Pero Juan realmente no está solo. Y las pequeñas iglesias cristianas tampoco estaban solas. Juan recibe la habilidad de ver cosas que normalmente no vemos, estaba “en espíritu”, y oyó una voz fuerte como de trompeta que decía: “*Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último*”. Por lo demás que Juan ve y oye, se nota que el que habla no es otro sino el Señor Jesucristo. Las descripciones lo identifican como igual al Padre, el que es eterno. Es el primero y el último. No tiene principio ni fin. Y este Cristo glorificado tiene un mensaje no sólo para Juan, sino para las siete iglesias de Asia Menor a las cuales debe enviar su mensaje en una carta.

¿Cómo se presenta Cristo, y qué significa? Se describe como “*uno semejante al Hijo del hombre*” o tal vez mejor, “uno semejante a un hijo de hombre”, es decir, con la apariencia de un ser humano. Y es un ser humano, pero también tanto más que un ser humano. Es a la vez el gran Dios todopoderoso. Como tal, se presenta en toda su gloria, y los detalles revelan su poder para juzgar a los adversarios de él y de su pueblo. Es perfectamente santo, simbolizado por la cabeza y el cabello blanco como lana y como nieve. Ve todo, penetrando a lo más íntimo de los pensamientos de los hombres, simbolizado por los ojos como llama de fuego. Hasta sus pies, que muestran su poder para sujetar a sus enemigos, revelan su gloria, puesto que son como metal caliente que brilla en el fuego. Su voz está calculada para producir asombro y terror; es como el estruendo de muchas aguas, como las grandes olas del mar que rompen en las rocas de la costa. De su boca sale una espada de dos filos, que indica el poder de su palabra, también cuando pronuncia el juicio de condenación a los incrédulos.

Pero al mismo tiempo esta figura poderosa y asombrosa muestra su amor y cuidado por los que son suyos. Está en medio de siete candelabros. Cristo había dicho a sus discípulos: Vosotros sois la luz del mundo. Así

que los postes con lámparas encendidas arriba bien simbolizan las congregaciones cristianas. Y Jesús declara al final de este capítulo que “los siete candelabros que has visto son las siete iglesias”. Y aunque por sus circunstancias externas pueden parecer a otros y a los miembros mismos que están solas y abandonadas en el mundo, la verdad que Juan ve en su visión es que el glorioso Señor Jesús, el Redentor glorificado, está en medio de ellos. A pesar de que sólo lo conocemos por fe, Jesús está cumpliendo su promesa antes de ascender glorioso al cielo: “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:20).

En tiempos de persecución, los líderes o pastores de la iglesia están expuestos a presiones especiales. Juan mismo estaba exilado “*por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo*”. Así habría especial presión para los pastores a cambiar su mensaje, y no ser testigos fieles de Jesucristo. De modo que es importante también el detalle de que “*En su diestra tenía siete estrellas*”, porque Jesús luego revela también el significado de esto: “Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias”. La palabra traducida ángeles sencillamente significa “mensajeros”. Los que normalmente llamamos ángeles reciben el nombre porque Dios a veces usó ángeles como mensajeros, como cuando anunció el nacimiento de Jesús a María, y a Zacarías el nacimiento de Juan el Bautista. Pero aquí parece que se refiere a los mensajeros de Dios a las iglesias en un sentido más usual, los que hablan la palabra de Dios en las congregaciones, los pastores. La imagen de esas estrellas en la mano derecha del Señor, entonces, es una imagen de que Cristo mismo con su poder mantiene la causa de su palabra que ellos representan. No tienen que debilitarse ni desmayarse, sino pueden seguir adelante confiando en el cuidado de su Señor.

Cuando Juan recibe el mandato de escribir, el mensaje se dirige a las siete iglesias. Como parte de esta primera visión, debe también dirigir una carta a cada una de las siete iglesias. Pero al final de cada una de las cartas, también dice: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. Se dirige a una congregación, pero los de cualquier congregación deben escuchar y aplicar el mensaje cuando se encuentren en una situación similar.

De la misma manera, si alguno estuviera tentado a unirse a las filas de los perseguidores y los que intentan destruir la iglesia de Cristo, debe saber que se enfrentará con un Juez que tiene todo poder, y que ama a su iglesia y no permitirá que perezca. “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. Y, sobre todo, los que vemos la aflicción de la iglesia y de nuestras congregaciones en este tiempo debemos tomar al pecho la realidad escondida que se le permitió a Juan ver en ese domingo en Patmos, y saber que tampoco nosotros hemos sido abandonados por Cristo, sino que él está en medio de nosotros, y mantiene también a

nuestros pastores en su mano derecha. De hecho, la gloria de Cristo revelada aquí debe recordar que después de sufrir mucha tribulación aquí, entraremos también en la gloria como la de Cristo.

Sin embargo, la primera reacción de Juan no fue un sentimiento de ánimo y consuelo, sino más bien un intenso temor. *“Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto”*. El espanto que Juan sintió es la reacción usual cuando un hombre ve una manifestación del Dios Santísimo. Así Isaías, cuando vio el Señor en su Santuario celestial y escuchó el cántico de los ángeles exclamó: *“¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”*. Aun los creyentes, cuando ven aquel que es la santidad misma, se hacen conscientes de su pecado y de que merecen el castigo.

Pero Cristo no aparece aquí para infundir miedo en sus creyentes, sino ánimo y consuelo. Pone su mano derecha sobre Juan (la misma mano derecha que sostiene las siete estrellas) y le dice: *“No temas”*. Cuando Dios o un ángel suyo aparece a una persona, esta exhortación viene frecuentemente antes de anunciar el mensaje consolador del evangelio. Así lo escuchó Zacarías. Así se le dijo a la virgen María. Así escucharon las mujeres que se espantaron al ver a los ángeles en la tumba de Jesús. Y así también lo escucha Juan, porque Cristo no vino para espantarlo y destruirlo, sino para salvarlo y fortalecerlo. Y lo que anuncia es puro evangelio. *“Yo soy el primero y el último”*. Es Dios igual como el Padre. *“El que vive”*. La implicancia es que vive para siempre. Tal vez nos parezca obvio. Pero pensemos un poco. Es el Dios eterno y vivo, pero se hizo hombre para cargarse de nuestro pecado. Y como el que se cargó con nuestro pecado, también sufrió la pena del pecado, que es la muerte. *“Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén”*. La muerte no lo pudo retener. Los pecados que él cargó ya estaban expiados, y la resurrección es la prueba de que nuestros pecados son plenamente perdonados. Y ahora, como el Señor glorificado, este hombre vive por los siglos de los siglos. Y porque pagó la pena completa de los pecados, ahora, como el que vive, tiene las llaves de la muerte y del Hades. Libera a los suyos del poder del pecado y del infierno.

Hermanos, esta victoria Cristo la ganó también para nosotros. Así como a Juan se le quitó el temor, así como los cristianos perseguidos del primer siglo podían recibir ánimo y confianza aun cuando todo parecía negativo, así nosotros también, poniendo nuestra confianza en este Señor victorioso y exaltado, podemos enfrentar todo lo que nos trae esta vida, sabiendo que en Cristo la victoria es nuestra. Amén